

LA VIOLENCIA EN LA TELEVISION

Jesús M. Aguirre

UN PROBLEMA VIEJO Y CRECIENTE

Si entendemos por violencia "el recurso a medios de acción que lesionan la integridad física, síquica y moral de otro", estamos de acuerdo en que siempre ha habido violencia en la historia humana y que ésta es representada de una u otra forma a través de los medios expresivos de cada época.

La primera gran alarma surge cuando la expansión de la televisión invade el mundo familiar y penetra los públicos infantiles. Cuando la preocupación sobre los efectos de la programación adulta en los niños y jóvenes, que poseen menos percepción selectiva y crítica, y, por tanto, pueden ser más influidos.

A partir de la década del 50 comienzan en los países de mayor difusión televisiva —Estados Unidos y Gran Bretaña— los análisis de contenido sobre la violencia en cine y TV (hoy ya integrados) y los correspondientes análisis de efectos.

Veamos resumidos los resultados más notables de los análisis de contenido efectuados hasta la década del 70, en los EE.UU.:

- 6,5 crímenes por cada largometraje en TV.
- 1 asesino por cada 5 personajes principales.
- 22 veces más crímenes que en la vida.
- Tendencia a la utilización de medios aprobados para fines aprobados.

Y en los programas infantiles: aun de países con notable tradición responsable como Gran Bretaña:

- 20 por ciento de programas infantiles con notable violencia,
- y en EE.UU., de una muestra de 95 dibujos animados transmitidos entre 1967-1969: sólo 2 programas son no violentos en 1967 y sólo 1 en 1969.

Los primeros informes con cierta sustentación científica sobre las consecuencias de la violencia televisiva datan de 1969. En Estados Unidos la "Comisión Nacional de las Causas y Prevención de Violencia" y en Inglaterra un grupo de investigadores emiten su parecer sobre la violencia en programas de entretenimiento.

Hay acuerdo con los informes en cuanto a que la TV y los medios no son los principales, ni únicos generadores de la violencia social, pero se reconoce su

influencia:

- en la estimulación de la agresividad
- en el aprendizaje de conductas delictivas, además de otros efectos secundarios.

Sin embargo, a pesar del carácter contundente, sobre todo, del primer documento, se consideraba que tales apreciaciones eran más políticas que científicas.

En el fondo estaban los cuestionamientos metodológicos al tipo de pruebas aplicadas en las investigaciones que servían de sustentación. Básicamente las críticas se refieren a que:

- la violencia de los experimentos no es isomórfica con la real,
- el carácter aislante y descontextualizado de las pruebas de laboratorio,
- el análisis de corto plazo de muchos de tales experimentos.

Por eso el posible efecto benéfico de esos informes se vio engullido por esa contraargumentación y, sobre todo, por la teoría de la catarsis aplicada posteriormente por Feshbach y Singer al análisis de los efectos (1973). A ello se añadían los argumentos tradicionales de que los medios responden a lo que la gente pide, y, en definitiva, la misma vida es agresiva.

En Venezuela la primera gran alarma se la debemos a Eduardo Santoro con su estudio: "La TV. venezolana y la formación de los estereotipos en los niños" (1969), al señalar el alto porcentaje de programación violenta (37 por ciento), y destacar los contenidos violentos de un 35 por ciento de los dibujos animados dirigidos a los niños.

Los trabajos de grado de Borden-Fernández (1971) y Marcado-Moncada (1971) reafirman las mismas observaciones y verifican las preferencias significativas de los niños por los programas violentos.

En 1972 el Consejo Venezolano del Niño comisionó a un grupo de sus funcionarios para la elaboración de un informe sobre la influencia de la TV titulado "Consideración sobre algunos aspectos de la TV", que recoge las aseveraciones fundamentales del documento norteamericano.

Y en noviembre del año siguiente se realiza en Puerto Ordaz el V Congreso de la Sociedad Venezolana de Psiquiatría sobre "Medios de Comunicación y

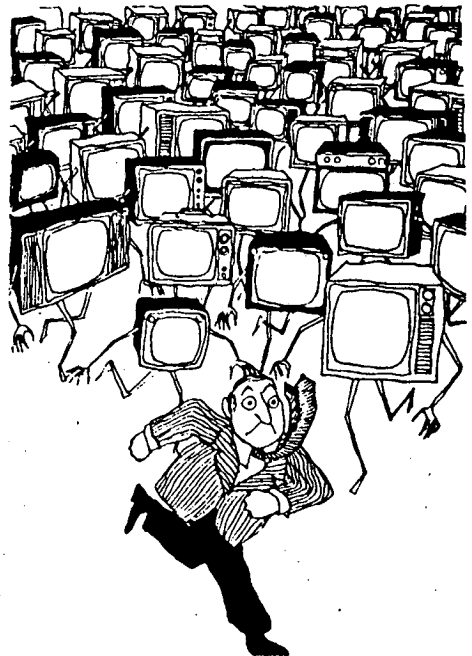
Salud Mental", con los aportes significativos del Dr. Carlos Muñoz y el Dr. José Luis Vethencourt.

Sin embargo, ni el valor de los nuevos aportes referidos específicamente a nuestro contexto, ni la toma de conciencia general sobre el problema, han incidido significativamente en la programación. Los contraargumentos mencionados anteriormente han estado en boca de empresarios y productores para no variar la lógica del mercado.

Y, más bien, hoy se desata una nueva ola de programación violenta, entre cuyas causas podemos señalar las siguientes: A) Los factores contextuales de la carrera armamentista y el terrorismo de doble signo (del Edo. y de los grupos); B) Los factores programáticos de la necesidad de dosis mayores de estimulación atencional y la competencia de los dibujos animados japoneses; y C) Esos factores técnicos de la transmisión instantánea vía satélite y la aceleración del ritmo televisivo de montaje (3,5 segundos por plano y 17 planos por minuto).

LA VIOLENCIA EN LA TV ACTUAL Y SU RECEPCION

Contra lo que pudiera creerse, la diversificación de medios todavía no ha supuesto una reducción del tiempo dedicado a la televisión, y, en todo caso, no es probable que la TV por cable y los videocassettes ofrezcan unos materiales



cualitativamente distintos de los de la TV.

Según la encuestadora Nielsen en EE.UU., el promedio de horas de encendido de la TV en el hogar llegó en 1985 a 7 horas y 10 minutos: dos minutos más que en 1984 y una hora más que hace diez años.

En Venezuela las tendencias son semejantes, aunque la penetración de la TV sea algo menor. De dos horas y media en 1969, hemos pasado a las cuatro horas diarias a nivel urbano en la actualidad y se mantiene el incremento, sobre todo, en los niños.

Por otra parte, como hemos indicado, los nuevos factores favorecen el aumento de la dieta de contenidos violentos.

Un monitoreo de la programación estadounidense durante trece años ha verificado que los niveles de violencia siguen estables desde 1967 a 1979, con un 70 a 90 por ciento de programas con una dosis significativa de violencia, particularmente en los programas infantiles.

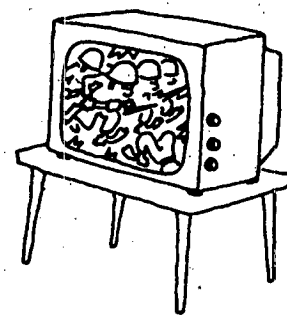
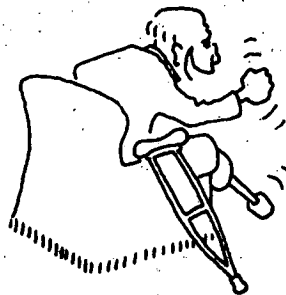
La programación venezolana, significativamente dependiente hasta en un 56 por ciento de la producción norteamericana, refleja tendencias semejantes, incrementadas por la importación de los dibujos animados japoneses y por el aumento de dosis de violencia en los noticieros y en las telenovelas. Para hacernos una idea de la recepción de contenidos violentos de un joven nuestro, hagamos una estimación.

Aunque el niño venezolano en la ciudad comienza a ver TV entre el primer y tercer año, supongamos que un niño típico urbano comienza a ver TV desde los tres años con una media diaria de cuatro horas. Ese niño para los 18 años habrá visto:

- 113.568 heridos muertos
- 65.520 escenas bélicas
- 297.024 armas
- 8.763 suicidios

Pero actualmente a esta violencia empírica se suma la violencia de los propios medios, aún poco analizada: la espectacularización y mercantilización del dolor ajeno (accidentes, catástrofes, secuestros, atentados...) y la legitimación con una doble moral de la agresión a los exogrupos (etnocentrismo, chauvinismo, demonización de indios, marginados, desviados...)

El aumento de violencia en la ficción y en los dibujos animados es también preocupante no sólo por la poca capacidad crítica de la primera infancia entre ficción y realidad, sino porque el "aquí y ahora" de los programas como



las telenovelas, basadas en la verosimilitud, supone el "en todas partes y siempre".

Cabe preguntarse si después de las sospechas metodológicas planteadas en la década anterior, ha habido algún adelanto significativo con respecto al análisis consecuencias de efectos.

Un recorrido sobre la literatura científica de estos últimos quince años ha permitido aclarar algunas de las incógnitas y disputas anteriores.

Respecto a la negación de isomorfismo entre la violencia experimental y real o contextual, Liebert y Baron (1972) replicaron pruebas anteriores, colocando a los niños ante un panel con mandos para poder lesionar eléctricamente a otros niños, y el resultado fue que los niños sometidos al programa violento "Los intocables" presionaron antes y por más tiempo los mandos de agresión que sus pares de control. Además posteriormente prefirieron jugar con armas y juguetes agresivos.

A su vez los estudios de laboratorio y de corto plazo han sido completados con estudios de campo y de correlación a largo plazo. Un estudio de Lefkowitz, presenta los resultados de un panel-cruzado para comparar dos grupos, expuestos a diversas medidas de violencia a los 8 años y a los 18. Las correlaciones más altas se dan entre la preferencia por la TV violenta a los 8 años (niñez) y la agresión a los 8 y 18 ($r = 0,21$ y $0,31$). Es obvia la correlación significativa entre la agresión a los 8 y a los 18 ($0,38$), y es indicio de la mayor capacidad discriminante del adulto la correlación negativa ($-0,05$) entre la preferencia por la TV, violenta a los 18 y la agresión a la misma edad.

La discusión sobre la catarsis ha quedado, por ahora, zanjada en contra de sus defensores. Además de las críticas al estudio de Feshbach y Singer (1973)

—confusiones conceptuales, poco control de las observaciones, etc.— se ha sumado un estudio de replicación de los mismos autores en 1980, que no ha logrado demostrar la existencia del efecto catártico como derivado de la recepción televisiva.

Por fin, como señala Noelle Neumann, la mayor parte de estos estudios eliminan de las condiciones experimentales los dos factores decisivos de los medios de comunicación como son: la omnipresencia multicanal y la acumulación periódica de mensajes direccionales. Es decir, que quedan sin analizarse los tipos de efectos a largo plazo que condicionan una cultura y los procesos de socialización para la solución de los conflictos.

En suma sabemos poco aún de las consecuencias probables derivadas de las legitimaciones e ilegitimación de la violencia en los medios; de las frustraciones, estimuladoras de violencia por las contradicciones entre las metas de éxito, divulgadas por los medios masivos y las posibilidades sociales de alcanzar dichas metas; de la estigmatización y demonización de los exogrupos, destinados al exterminio, sean rojos, fascistas, burgueses, subversivos, contrarrevolucionarios...

A lo sumo se ha constatado que esta aculturación en la violencia, como señala Gebner, está creando generaciones con un síndrome de peligrosidad y sordides del mundo, ante el cual sólo queda como salidas la autodefensa agresiva y la violencia.

Por eso, tal vez, ha sonado como una voz en el desierto el reclamo de Juan Pablo II el Día Mundial de la Comunicación Social: "hay que crear una opinión pública cada vez más fuerte en favor de la paz y de aquello que la construye y mantiene, como el aprecio recíproco y la concordia mutua entre los pueblos...".